

«El hombre como encuentro» es el título del último libro de mi admirado amigo el doctor Juan Rof Carballo. Pues bien, entraba yo con este libro bajo el brazo y el ánimo dispuesto para leerlo en la peluquería, cuando se produjo «el encuentro». Una señorita, a quien le estaban haciendo «las mechas», se dirigió a mí preguntándome si no la recordaba. Le dije que sí, pero que no podía precisar quién era.

Luego, al escuchar su nombre y apellidos, resultó ser una antigua compañera de colegio a la que yo no había vuelto a ver desde los años 1942 ó 1943. El cálculo de los treinta años me dejó como aterrada y la miré fijamente por ver cómo estaba. Según Simone de Beauvoir el espejo

es mentiroso, el único espejo verdadero se refleja en las amigas de nuestra misma edad. Para mi tranquilidad personal, Isabel se conserva admirablemente; yo creo que resulta mejor ahora de lo que resultaba entonces como colegiala. Es una mujer menuda, de rostro agudo e inteligente. Una vez que le tiñeron las mechas y le cardaron el pelo se acusó de un

modo favorable su presencia física.

No hice cábalas acerca de lo que ella pensaba de mí, y me gustó observar que incluso no me importaba. Si Isabel me encontraba vieja y fea, bueno, ¡pues qué le vamos a hacer! De las pocas cosas que uno ha logrado superar en la vida es ese tipo de vanidades; lo importante es saberse vital e interesada por el mundo, ya que toda persona «interesada» es siempre «interesante».

El encuentro con Isabel me demostró cómo se han separado las vidas de aquellas muchachas que, al comienzo de los años cuarenta, convivimos en el viejo palacio madrileño un día residencial del pobre Antonio Pérez.

Isabel, que pertenece a una gran familia y ostenta un ilustre nombre científico, no se ha casado y ejerce su profesión como «co-reo de turismo e intérprete de Inglés y francés». Se trata de un trabajo muy moderno y codiciado, pero fatigoso, ya que la fuerza a estar siempre en movimiento con su maleta en la mano. Ahora mismo se estaba haciendo las «mechas» y tres horas más tarde volaría rumbo a Puerto Rico como azafata de una expedición turística la cual había sido organizada por la compañía fabricante de «lavadoras» a fin de premiar a los representantes que,

nueva sociedad recién ascendida a los goces de la civilización consumista no siempre hace gala de aquellas exquisitas, delicadas e hidalgas maneras que tanto nos recomendaba la Madre Caritina.

—A veces la gente es desagradable —dijo Isabel— y como pagan exigen sin miramiento; y luego nos detenemos tan poco en los sitios. Apenas si se puede profundizar.

Tanto Isabel como yo, y como el resto de nuestras compañeras hoy por lo regular esposas y madres prolíferas, tuvimos la extraña fortuna de recibir una educación casi medieval. Nuestro género de vida, nuestra disciplina, nuestro sentimiento religioso, nuestro concepto de la sociedad y del mundo apenas si difiere del vigente entre las educandas españolas de los siglos XVI o XVII. Si el propietario de la casa, Antonio Pérez, levantara la cabeza no hubiera tenido mucho de qué sorprenderse. «Queremos formar mujeres para el mundo», decía siempre una de nuestras queridas profesoras. Y así nos hablaba del Concilio de Trento...

Por VICTORIA ARMESTO

en el curso de 1973, más se habían distinguido en el ejercicio de las ventas.

¿Cómo conciliar esta estampa del mundo con aquella vigente en nuestra primera edad? ¿Quién hubiera podido sospechar entonces que el hecho de vender una máquina doméstica capacitara a una persona para realizar un cruceo por el Caribe, privilegio entonces reservado a los millonarios? ¿Y cómo hubiéramos podido sospechar que la misma Isabel, mi compañera de pupitre sería la intérprete de esta nueva sociedad?

Yo la miraba con una cierta envidia por considerarla tan libre, tan desligada de compromisos; pero Isabel confesó que su tarea era con frecuencia ingrata. Esta

SEGUN «THE TIMES»

Tres diputados británicos de los años sesenta eran espías

LONDRES, 25. — Detalles sobre una red de espionaje en Gran Bretaña, en la que están complicados tres diputados del Parlamento en los años sesenta, fueron publicados hoy por «The Times».

Afirma que la información le fue facilitada por un oficial del ejército checo, desertor, y que vive en los EE.UU. «The Times» no menciona los nombres de los tres exdiputados y dice que fueron descubiertos cuando la «CIA» informó a las autoridades británicas de la red de espionaje, en la que también estaban implicados funcionarios del Gobierno y agentes dobles.

Ni en los círculos gubernamentales, ni en el Parlamento, se dio hoy mucho crédito a la información del «Times» ya que la semana pasada publicó otra parecida sobre incrementos de las actividades de la «CIA» en Inglaterra, que posteriormente resultó ser falsa. — (EFB)

EL ULTIMO BOHEMIO

Por DARIO ALVAREZ BLAZQUEZ

STOS días ha desaparecido del ambiente gallego el último ejemplar típico de la clásica bohemia decimonónica. Se nos fue, entre las brumas navideñas, Urbano Lugris, el pintor de las catedrales sumergidas con canónigos revestidos por capas pluviales bordadas con algas, de sirenas que tañen doradas arpas sobre las olas. El pintor de los crepúsculos purpúreos sobre un Atlántico poblado de ballenas y de las increíbles luces misteriosamente transparentes brotando sobre los pinos, cuando la tarde cae sobre el monte violeta...

Se murió en la cama del hospital reclinada su cabeza greco-romana sobre el brazo de un amigo e impartiendo su bendición, en un último gesto histriónico, con la solemnidad de los obispos del Renacimiento que él había plasmado amorosamente en sus tablas (el pectoral recamado de estrellas de mar; en el dedo índice, como gema del anillo, una mínima caracola iridiscente).

Del hospital pasó a la Morgue del cementerio vigués. No pudo pedir más. Fue tal como él lo hubiera ordenado si se pudiera regir la vida y la muerte. Morir en la Nochebuena, en la soledad fría de un hospital, con un solo amigo a su vera. Partir para la tierra desde la Morgue... ¡Qué gran final del último acto de un personaje del Montmartre parisién finisecular! ¡Cuánto hubiera dado por eruirse, siquiera un minuto, y aplaudir con sus manos de gigante asombrosamente dúctiles para la miniatura! O mejor, sentirse aplaudido por un coro abigarrado de aristócratas decadentes y mendigos, de artistas y de capitanes de barcos mercantes, todos un poco borrachos y, quizá por eso, llorando.

Dejó impresas sus mágicas pinceladas en los muros de algunos hoteles, restaurantes y tabernas gallegas para que las gentes viajeras y las que reparten el pan y el vino en la hora cordial del yantar tuvieran ante sí algo más que materialidad y vieran cómo dentro de las hotellas puede navegar un bergantín con la rosa de los vientos por timón y un faro lejano al fondo (cada destello un trisquel) avizorando naufragios.

Dejó también su maestría en los muros de la estación marítima de Vigo para que, al desembarcar desde la otra orilla, la maleta cargada de saudade, aliviara su peso el viajero al contemplar cómo las veneras compostelanas recubren las quillas de los barcos hundidos. Y, en lo alto de las jarcias, un caballo marino.

El museo municipal vigués de Castrelos y algunos otros de Galicia guardan bellas muestras de su obra. Y algunas casas particulares. No muchas, porque pintaba por las lunas propicias. Y ya se sabe que las lunas propicias del hombre, sobre todo las de un artista y más aún de un artista loco —no todos lo son de verdad, como pretenden— son muy escasas y de breve duración. No tuvo ningún otro estímulo. Y el dinero, el último. No fuera a ocurrir que, a última hora, no pudiera permitirse el lujo de morir en la pobreza.

En la taberna de Eligio tenía su refugio, su cenáculo y sus mesas de mármol para convertirlas cada día en paisaje marinero con fondo de aurora boreal, entre el azul matizado del boligrato y el blanco de la piedra. ¡Con cuánta pena, Eligio dispuso con el paño húmedo de la retirada las puestas de sol y las rocas horadadas! «¿Por qué non pintaría nun papel?», me decía días atrás Eligio, su gran amigo y mecenas del condumio diario.

Ahora los amigos recaudan amorosamente para pagar su nicho y su lápida:

«Urbano Lugris —el último bohemio», podría decir el epitafio. Pero no merece la pena añadir nada a su nombre. Si acaso, al término del apellido, un ancla marina, el signo con el que gustaba rubricar sus poemas plásticos.

MANUEL FABEIRO Y NOYA

Por CARLOS GARCIA BAYON

NOYA, como Venecia, es una viuda del mar.

Pero Noya fue en otros tiempos el puerto de Compostela a donde llegaban navíos de los siete mares cargados de especias, de riquezas ultramarinas, de peregrinos; navíos deslumbrantes de velas, ensoberbecidos de mascarones, con el perfume de remotas singladuras. En el fondo de la ría, Noya era una próspera urbe románica y ojival, nutrida de historias, de báculos, de navegantes, con las rúas jalonadas de porches y las casonas prestigiadas de heráldicas. Noya era una delicia urbana y gremial. Los obradores, reunidos en calles artesanas, no daban abasto. Visitar Santa María a Nova, detener la mirada sobre las laudas que decoran las tumbas, es un viaje al esplendor de las artesanías medievales, un viaje hasta aquellas historias de mareantes, carpinteros de ribera, zapateros, canteros, sastres, cuyo ímpetu manual, mercantil y traficante otorgaba a la villa la estampa de un puerto hanseático, como Brema, Lübeck...

Pero los señores de Noya, los Osorio y Mariño, los Sotomayor y Mosquera, los Caamaño y Pimentel se evaporaron succionados por la mitra o la Corte, por las Italías o las Flandes. Paralelamente, las avenidas del Tambre y Traba, así como las mareas, acarrearón arenas y llimos sobre la bocana del puerto; la desidia se encogió de hombros; el centralismo se encogió de hombros; los escombros acabaron por dominar



el seno de la ría, y el mar dijo su adiós a los peiraos. Fue una muerte lenta, debatida. En la larga agonía aún hubo solaz para que Noya escribiese muchas aventuras humanísticas, aun Sebastián de Ocampo caligrafía con sus descubiertas la cintura de las Antillas, aun Felipe de Castro y Ferreiro tallan asombrosas esculturas de reyes y santos; pero, Irremisible, un día se encontró Noya viuda, sin mar, sin navíos, sin artesanos, sin mercaderes, sin hidalgos; y sentada a la misma orilla de las aguas se refugió en el recuerdo. ¿Dónde las esclavas de Pedro Carneiro, Señor de Cobrados? ¿Dónde los hospitales de peregrinos? ¿Dónde los autos sacramentales?

Noya conservó las memorias en el más tierno tabernáculo del culto ciudadano. Así llegaron hasta nosotros los palacios, los escudos heráldicos, las tumbas gremiales, los templos, los cruceros,

las rúas, las reliquias de las once mil vírgenes. Visitar Noya en la actualidad es como recorrer sobre un centón las nobles memorias. Las calles conservan el perfume de las artesanías medievales, de las pasadas sangres, de los mercaderes y peregrinos, de las efemérides románicas y góticas; y el espejismo del mar, en este ámbito de evocaciones, nos trae el perfil de los pallebotes muertos. Cada casa, cada plaza es una invitación a la fábula.

Y el notario de esta fábula, investigador de todos los anales, ciccone magno, rey de armas de la heráldica local, es Manuel Fabeiro Gómez.

Fabeiro no tiene tiempo para ser Manuel. Fabeiro no tiene tiempo para gustar el sol, ni tiempo para contar el tiempo. Sobre su fino cuerpo, inquieto y ágil, la aventura intelectual desborda sus erotismos. Fabeiro le ha inventado suplementos al día para satisfacer su gigantesca curiosidad y hambre intelectual. Investiga documentos, sistematiza heráldicas, exhuma el folklore de la ría de Muros, dirige revistas, escribe poemas, escribe libros de complicada sabiduría como «La Biblia en la filatelia», libros sobre las defensas, posesiones y regalías de la villa de Noya, sobre los cobrados, los artistas, las bibliotecas famosas... ¿Qué hora es la que tiene libre para beber el oxígeno de Barbanza? Se le ve cruzar con su fino bigote, sus ojillos ardientes, su fabla rural y vernácula, igual que un relámpago. Ahora acaba de publicar en colaboración con Fernández Oxea y a través del Instituto del Padre Sarmiento, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, un extraordinario estudio sobre los escudos de Noya. ¡Qué músculo proteico y prometeico!

Parece que un texto sobre la heráldica noyesa y su comarca, sólo podría ser alimento de sesudos y pacientes varones cargados de sabiduría singular. Pues, no; nada más lejos de la realidad. Su lectura es una hermosa peripetia rebosante de sencillez, de claridad, jugosa, amena, incitante. Ir por sus páginas es un gozo, un entusiasmo porque en ningún instante pesa la erudición, y en todo momento los datos curiosos, las referencias insólitas, las noticias, convierten el libro en una encantadora historia por la que Noya desfila igual que aquellas damas de antaño de que hablara Villon: «La reina Blanca como un lirio que cantaba con voz de sirena...»

¿Cuándo Noya rendirá a Fabeiro el homenaje popular que su entrega a la villa merece? ¿Cuándo pagará el impagable tributo de su devoción incansable? ¿Qué mejor ocasión que este libro, para realizarlo, para nombrar a Fabeiro rey de armas de la Villa de Noya?